

Victoria y la isla de Aztlán

Era una mañana tranquila en el puerto de Manzanillo, México. Apenas había despuntado el día por lo que aún no había rastro del barullo de barcos y el gentío que a mediodía inundaba el puerto y cada callejuela que lo circundaba. Era la primera vez que cogía un barco de vela en mi vida, pero Mario, mi marido llevaba navegando con su familia desde que tenía tan solo doce años. Mario siempre había sido muy aventurero y desde que nos conocimos en aquel bar en Veracruz me había contado con todo lujo de detalles cada una de las excursiones familiares que su padre organizaba anualmente. El padre de Mario fue un viajero toda su vida, un auténtico trotamundos, que dedicó su vida entera a recorrer el globo y a plasmar sus vivencias en una especie de memorias que llevaba siempre consigo. Mario guardaba una profunda admiración hacia su padre que no podía disimular cuando hablaba de sus proezas y hazañas, y siempre había deseado ser como él. Es por eso que cuando me propuso hacer una ruta por la costa de México y Centroamérica no pude negarme.

Mientras Mario comprobaba el equipo y la dirección del viento yo miraba abstraída las olas del mar, que se movían de tal forma que hipnotizaban. Fue la voz de mi marido, que me llamaba desde la lejanía la que me consiguió sacar del trance —Vicky cariño ya está todo listo, saldremos justo al alba según lo previsto— dijo Mario con un tono alegre y confiado. —Muy bien— exclamé yo devolviéndole una sonrisa. Y así partimos rumbo a Puerto del Marqués, Acapulco. La mayor parte del día transcurrió con normalidad, acomodamos el pequeño camarote que compartíamos, tomamos el sol en la cubierta y hasta hicimos un breve descanso para bañarnos en alta mar. Ya empezaba a anochecer y aun nos quedaba un buen trecho que recorrer hasta la costa de Acapulco por lo que decidimos echar el ancla y esperar al día siguiente para retomar el rumbo. Mario, al estar acostumbrado, se durmió cómodamente casi sin esfuerzo, pero yo, que no había dormido en un barco en mi vida no encontraba la manera de conciliar el sueño. Miraba al techo del camarote, aburrida y con una ligera sensación de mareo cuando de repente sonó un estruendo, a lo que el barco empezó a agitarse de un lado a otro como si el Kraken nos hubiese apresado entre sus tentáculos. Mario, al cual el oleaje había tirado de su cama, se despertó desorientado y me echó una mirada de desconcierto a la que no supe que responder. En cuanto recobró sus sentidos salimos juntos a la cubierta, asustados de lo que pudiésemos encontrar, solo para descubrir que habíamos tenido la mala suerte de que se había formado una tormenta eléctrica durante la noche y estábamos atrapados en ella. —Es solo una tormenta Vicky, acabará pasando, lo mejor es que volvamos a dormir— dijo él, intentando tranquilizarme. De repente un rayo impactó contra el mástil lo que hizo que Mario cayese golpeándose la cabeza contra el suelo de la cubierta quedándose inconsciente. Yo, estaba inmóvil paralizada por un profundo pánico que me invadía y veía como la vela mayor ardía con un fuego anaranjado y devorador. El oleaje volvió a azotar el barco, esta vez rompiendo la cadena del ancla la cual Mario se había olvidado revisar por la emoción del viaje y que debía tener ya unos cuantos años. El barco ante las sacudidas del oleaje y con el ancla rota, se tambaleaba y vacilaba con volcarse en cualquier momento. Yo me agarraba al timón como podía, concentrando todas mis fuerzas en no soltarlo y caer al mar, pero tras unos minutos forcejeando con el oleaje el casco acabó cediendo y el pequeño velero se tumbó abatido por la tormenta. Caí al mar completamente desorientada, y con las manos magulladas de aferrarme al timón buscaba entre todas las cosas que se habían desprendido del barco algo a lo que agarrarme para no ahogarme. Pude atrapar un tablón de madera que se había soltado de la cubierta al que me sostuve hasta que el cansancio hizo que me desmayase.

A la mañana siguiente me desperté aturdida, la marea mojaba mis pies, el sol abrasaba mi piel descubierta y notaba la arena en ambas manos. Una jaqueca me taladraba la cabeza por lo que tarde un par de minutos en lograr abrir los ojos e incorporarme. Cuando al fin recobré el juicio miré a mi alrededor en busca de alguien o algo que me pudiese aclarar donde me encontraba. Seguramente la marea me había arrastrado a las orillas de una playa de la costa mexicana pero sorprendentemente estaba completamente desierta. Casi parecía una playa virgen, sin tenerme en cuenta a mí y a los restos del pobre velero de Mario claro. —¡Dios, Mario! — exclamé recordando todo lo que había pasado la noche anterior. Me levanté con bastante rapidez teniendo en cuenta lo perjudicado que estaba mi cuerpo y empecé a recorrer la playa en busca de Mario o de algo que me llevase hasta él. Después de un rato caminando y no muy lejos de dónde había amanecido yo, encontré algo que llamo mi atención: el reloj de Mario. Mi marido siempre ha sido un amante de los relojes y tenía una gran colección, pero tras la muerte de su padre no se quitaba un Rolex antiguo que le había dejado en la herencia. Cogí el reloj cuidadosamente con las dos manos, le quité un poco la arena y me lo guardé en el bolsillo, si aquí estaba el reloj Mario no podía andar demasiado lejos. Fue entonces que me percaté de un caminito de huellas que empezaban a mi lado y se perdían en el frondoso bosque que amurallaba la playa. Decidí seguirlo con la esperanza de que aquellas pisadas en la arena me llevasen hasta mi esposo desaparecido, pero tras un rato caminando entre los arbustos y la maleza perdí las pisadas en una zona embarrada y llena de fango. Me decanté por seguir por un pequeño camino en el que las plantas aplastadas me llevaban a pensar que no era la primera que pasaba por ahí. Después de estar alrededor de una hora caminando, y cuando ya me estaba empezando a desesperar empecé a oír un grupo de voces que formaban un alboroto no muy lejos de donde yo estaba. No podía distinguir muy bien lo que decían, pero sí lo suficiente como para dejar que mi oído me guiase hasta ellos. Según avanzaba apartaba las hojas de mi camino y cada vez se oía más y más ruido. Conforme me acercaba, lo que pensaba yo que serían un grupo de chicos se volvía un ruido más y más intenso hasta que crucé unos matorrales y lo vi. Llegué a una explanada llena de casas hechas de piedra, puestos de mercantes y una muchedumbre de gente apiñada que se movía hacia todas las direcciones. Decidí acercarme a una chica joven que, al igual que yo, estaba un apartada observando el gentío para ver si averiguaba de una vez en que pueblo había ido a parar. Le toque el hombro por detrás amigablemente — Perdona, estoy un poco perdida ¿me podrías decir dónde estamos? — La chica se giró hacia mí confundida y yo también me sorprendí al ver como tenía la cara pintada con rayas de distintos colores y un aro enorme en la nariz. Paré un segundo y la miré de arriba abajo, llevaba una clase de vestido de cuero y piel moteado, los brazos y las piernas tatuadas enteras con dibujos e inscripciones que no entendía y el pelo decorado con una pequeña corona de plumas verdes y amarillas. La chica también se tomó un segundo para contemplarme y empezó a hablar un idioma que no había oído jamás. Quise pensar que era una extranjera y al ver que no nos entendíamos le di las gracias y me acerqué a un puesto que parecía una carnicería a preguntar al dueño del puesto — Perdona, ando perdida ¿me podría decir usted dónde estamos? — el señor mayor que había a cargo del puesto arqueó la ceja mirándome con confusión y empezó a balbucear palabras parecidas a las que había dicho la chica anteriormente, luego sacó un rudimentario cuchillo de cocina y empezó a señalarme las piezas para que eligiese, estaba claro que no me había entendido. Miré la carne del puesto y quedé horrorizada al ver entre los productos a la venta cosas como un puñado de colas de lagartija, una variedad de insectos y gusanos que aún se movían y toda clase de reptiles degollados. ¿Se puede dónde me había traído la marea?

Fue entonces que el poco ortodoxo charcutero pegó un grito que no pude traducir pero que a juzgar por lo que sucedió después no fue nada amable. Acto seguido a que el carnicero

pegase el grito, dos hombres altos y corpulentos se acercaron con determinación a mí. Eran los dos castaños y de piel muy morena, tenían la cara manchada de colores y múltiples piercings en orejas, boca y nariz. Ambos vestían lo que supongo que era un uniforme de piel tintado de negro con los brazos al descubierto y decorado por un escudo blanco y rojo. En la cabeza un sombrero de plumas que les llegaba hasta el cuello y al igual que la chica estaban cubiertos de tatuajes, es más, tenían uno en común que daba la casualidad de que era igual al escudo que llevaban en el pecho. Y si ya de por sí eran intimidantes también portaban consigo dos lanzas punzantes y un cuchillo a la cintura. No me dio tiempo a decir nada antes de que cada uno me cogiese de un brazo y me llevaran a rastras a treves de la gente. Apenas me quedaban fuerzas tras el hundimiento del velero así que me fue imposible oponer resistencia alguna. —Disculpe, esto ha tenido que ser un error. No soy de aquí ¿saben? Mi barco se hundió ayer y no sé muy bien donde estoy. — dije intentando justificarme, pero los dos hombres permanecieron en absoluto silencio. —¿Es que no me están escuchando? Les estoy hablando. — seguí insistiendo, pero no había manera de que ninguno de los dos hablase. Después de un rato caminando por las calles de lo que parecía una ciudad bastante subdesarrollada llegamos a un gran edificio de forma piramidal muy parecido a la pirámide de Chichén-Itzá, en la entrada, dos hombres vestidos con el mismo uniforme de cuero negro custodiaban la pirámide. Cruzamos un largo pasillo con varias habitaciones a los lados donde pude alcanzar a ver lo que parecían chamanes realizando brebajes alrededor de un caldero, habitaciones llenas de animales exóticos y salvajes como pumas, jaguares, lince y demás enjaulados y un grupo de monjes orando en una lengua antigua. Yo no salía de mi asombro, cuanto más veía más perdida me sentía ¿a dónde me había dado a parar el mar? Al rato los señores uniformados me soltaron bruscamente en una celda donde solo había un señor de cuclillas en la esquina. Furiosa me agarré a los barrotes y empecé a gritar —¡No me pueden encerrar! ¡No he incumplido la ley! ¡Que sepan que conozco muy bien mis derechos! — exclamaba mientras intentaba sacudir los barrotes. —Espera, ¿Victoria? ¿Eres tú? — dijo una voz desde el fondo de mi celda. De repente el hombre que estaba temblando de cuclillas en la esquina se levantó y salió de la sombra, donde pude distinguir el rostro de mi marido que se encontraba asustado y con la cara llena de arañazos, Me lancé a sus brazos sin pensarlo dos veces y solté un suspiro aliviada al saber que seguía con vida. —¿Cómo has llegado hasta aquí Vicky? ¿Cómo me has encontrado? — preguntó él con incredulidad. Entonces me saqué del bolsillo el viejo reloj dorado de Mario que de alguna manera seguía funcionando —Se te debió caer cuando despertaste, estaba junto a tus huellas— dije con seguridad —¿Y tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? — pregunté con curiosidad. — Me desperté antes que tú y al verte inconsciente me fui corriendo con la esperanza de encontrar un pueblo con médico, pensando que estabas herida — dijo él aún con un ápice de preocupación — Y llegué a este poblado que parece sacado de la antigüedad dónde me tomaron preso sin razón — terminó diciendo. No me dio tiempo a agradecerle antes de que uno de los guardias abriese la celda y me sacase violentamente de tirándome del brazo. Mario forcejeó con el otro guardia intentando sin éxito que no me separasen de él y yo ni intenté enfrentarme al fornido guardia de la celda.

Me llevaron a una sala espaciosa con el techo alto y decorada con las paredes pintadas llenas de color, pieles de animales colgadas y demás. Había una larga alfombra amarilla y azul que iba desde la entrada de la estancia hasta los pies de un trono de madera de caoba tallado al detalle, decorado con retoques de oro y piedras preciosas. En el trono sentado había un hombre alto y voluminoso que rondaba los 35 años de edad. Era de pelo castaño, piel morena, y como la gran mayoría, estaba cubierto de tatuajes tribales. Llevaba una piedra de obsidiana incrustada en la barbilla, dos en el ceño y un gran aro en la nariz, incluso más grande que la

primera chica con la que hablé. Vestía entero de una tela roja distinta a la que llevaban los guardas, una capa hecha con la piel de un jaguar y una grandiosa corona de plumas rojas y amarillas que casi le llegaba hasta la cintura. Estaba repleto de accesorios como unos pendientes de jade muy largos que le llegaban hasta los hombros, un collar de piedras preciosas, un colgante con la forma de un sol naciente y diversas muñequeras, pulseras y tobilleras. Era un hombre peculiar en apariencia, más que el resto de gente que había visto hasta ahora: era alguien influyente, con poder: el emperador. Hizo una seña a los guardas indicándoles que se marchasen y nos quedamos solos en la enorme habitación. —Por favor señor, mi marido y yo estamos perdidos, no sabemos dónde estamos ni buscamos problemas, déjenos marchar se lo suplico — dije implorando clemencia y sin saber si me entendería. — ¿De dónde venís náufragos? — preguntó el emperador con una voz tan grave que hizo retumbar la habitación. —De Colima, espera ¿Hablas mi idioma? — dije con incredulidad. — Hace mucho tiempo un viajero como tú y tu marido, del exterior, también fue a parar aquí desorientado y él me enseñó el idioma a cambio de un barco que le devolviese a casa — me explicó el señor. — ¿Del exterior dices? ¿Dónde estamos? ¿Quiénes sois? — pregunté en busca de respuestas. — Mi pueblo lleva viviendo en esta isla desde hace siglos, siguiendo las tradiciones que nos dejaron nuestros ancestros y pasándolas de generación a generación. — empezó explicando el hombre. — Nuestra sociedad y este pueblo se remontan a tiempos ancestrales y vivimos en paz alejados del resto del mundo por elección propia. Es nuestra manera de conservar intacta nuestra cultura y nuestras creencias aquí en Aztlán — terminó diciendo. — Pero entonces ¿porque nos habéis apresado si no nos queréis aquí? — dije confundida. — Pues porque, al igual que nuestro último visitante hace setenta años me enseñó vuestro idioma a cambio de su libertad vosotros debéis ofrecerme algo para obtener lo mismo, así dicta la tradición. — se justificó el emperador. Después volvió a mandar a sus hombres que entrasen en la sala y les ordenó que me llevasen de vuelta a la celda hasta que consiguiese comprar mi libertad y la de Mario. En cuanto volví con Mario le expliqué todo lo que me había contado el emperador y ambos nos pusimos a pensar en que podríamos tener que le interesase al emperador. Estábamos al borde de tirar la toalla cuando Mario dijo — ¡Ya sé! Le daremos mi reloj, tiene muchos años, pero seguro que el mecanismo hace que le llame la atención, aquí solo tienen relojes de sol. — terminó de decir. — Me parece buena idea, pero ¿no te importa dejar atrás el reloj de tu padre? — pregunté preocupada. — ¿Después de haber vivido esta aventura? Que va, a mi padre le hubiese encantado que su reloj se lo quedase una especie de emperador maya de una civilización intemporal, salgamos de aquí de una vez por todas. — dijo Mario entre risas.

Mario y yo pedimos que nos llevasen frente al emperador, que ya teníamos la moneda que nos haría libres de nuevo y tal y como pedimos fuimos llevados frente al poderoso emperador Itzcoatl. — Ya tenemos nuestra ofrenda. — dije yo mientras me acercaba a darle el reloj al emperador. — Es un reloj, una máquina capaz de dar la hora del día sin necesidad del sol. — terminé diciendo. Mario y yo nos miramos nerviosos mientras el emperador palpaba y examinaba el reloj. — ¡Vuestra tecnología extranjera no tiene cabida aquí! ¡Esta ofrenda no os dará la libertad! — exclamó Itzcoatl colérico. Mario y yo nos volvimos a mirar, esta vez con pánico ¿qué íbamos a hacer ahora? Entonces Mario, que es muy avisado dijo rápidamente — ¡Pero no solo eso! El reloj también tiene la capacidad de... ehh. ¡comunicarse con los dioses! — terminó de decir Mario con la voz temblorosa. Yo me giré a mirarle con una mezcla de pánico y confusión. — ¿De hablar con los dioses dices? — preguntó con curiosidad el emperador. — Sí, cuando ambas agujas se alinean significa que los dioses escuchan y es el mejor momento de hacer rituales, oraciones y sacrificios. — siguió Mario con su mentira. — Si eso que decís es verdad me interesa esta máquina divina ¿cómo sé que

es verdad? — preguntó el Itzcoatl con desconfianza. — Esta noche, cuando las dos agujas se alineen en el doce que todas las personas de este poblado hagan su ritual más poderoso y ya verán que los dioses se manifestaran a su favor. A cambio solo pedimos que ya dejen preparado el barco, porque funcionará y el gozo y la riqueza de este pueblo será tanta por la mañana que nadie se acordará de proporcionarnos un barco porque estarán disfrutando lujos divinos. — terminó de decir Mario y el emperador accedió al trato con un brillo de avaricia en los ojos. Los guardas nos llevaron de vuelta a la celda, pero justo en la puerta Mario tropezó y los guardas corrieron a levantarlo del suelo. Mario se agarró a los guardas y consiguió incorporarse. Nos dejaron en la celda y se fueron. — La has liado gorda Mario. Nos matará cuando vea que le hemos mentado. — dije reprochándole su improvisación. — No si nos vamos antes de que se den cuenta. — dijo el sacándose las llaves del guardia de la manga. Se las había quitado al fingir un tropiezo. — Siempre nos cierra la celda el mismo guardia, pero hoy me he fijado que los dos llevan llaves. Nos escaparemos cuando todos estén orando, ya sabemos cómo ir a la playa. — dijo Mario con determinación. Y así fue, esperamos a que anocheciera y cuando todos empezaron a orar juntos Mario y yo aprovechamos para abrir la celda y huir. Íbamos deprisa, intentando no hacer ningún ruido para que no se percatasen de nuestra presencia. Yo seguía a Mario que tenía una envidiable memoria fotográfica y sabía exactamente porque pasillo había que ir de los doscientos que había en la pirámide y sin ser vistos conseguimos llegar a la playa. Ahí estaba como prometió Itzcoatl un barco hecho de madera, pero de apariencia robusta cargado con suministros y víveres para el viaje. Nos subimos aprisa, sin mirar atrás, Mario desencalló el barco de la arena y emprendimos el viaje. Nadie nos persiguió ni nos atraparon gracias al ingenioso plan de Mario y mientras volvíamos nos reíamos al imaginar la ira del emperador Itzcoatl y de su avaricia. Conseguimos llegar sanos y salvos al puerto de San Marqués, Acapulco y de ahí a casa a recuperar fuerzas tras la aventura. Y ahora décadas después y tras muchas más aventuras, Mario y yo contamos estas historias a nuestros hijos y también a nuestros nietos.

Fin.